## DIENTESDEPERRO

*(Léase con acento de una persona que ha vivido en comunidades indígenas toda su vida)*

Me gusta golpear las paredes con la frente, el dolor se esconde un poco con el retumbar de los chichones. Luego, cuando me aburro, rasco un poco la misma pared con las uñas, de inmediato sangro, y tienen que venir para limpiarme y ponerme esa camisa que huele a jabón para pisos.

Me gusta como huele esa camisa.

Lo que no me gusta es que no me la puedo quitar, ni siquiera puedo sacar los dedos cuando ya me la han puesto.

Y si quiero ir al baño, me tengo que aguantar mucho tiempo, hasta que siento que me ahogo y solo puedo respirar poquito, porque ya no me cabe nada, y si es en las noches es peor, porque el que me cuida no viene, y ahí me quedo mojado de orines hasta que en la mañana la señora amable llega y me desamarra, y me lava con un trapito y al mismo tiempo me habla de lo que hizo su hijo, un muchacho que ahora está en la cárcel.

También me habla de su gato, me agrada ese gato.

Y me agrada la señora amable.

Pero no me gusta que me sangren las uñas. Porque viene el que me cuida y me pone la camisa que huele a jabón para pisos.

Me gusta como huele esa camisa.

A mi mamá también le gustaba mucho ese olor, tenía cubetas con agua de color morado que olía así, y cada vez que amanecía me despertaba para que me bañara con agua de esa cubeta, mientras ella, con otra cubeta, limpiaba todas las manchas cafés de mis sabanas.

Arrancaba las colchas de la cama y las echaba en la cubeta del agua morada, mientras yo me metía a la pileta para lavarme y quedar oliendo rico. A mí me gusta ese olor, pero no me gustaba el agua fría.

Cuando entraba al agua, me temblaban las rodillitas y los brazos, pero mi mamá podía gritar muy fuerte cuando se enojaba, así que lo mejor siempre fue callar y bañarme en silencio dentro de la pileta.

Un día las manchas cambiaron de color, eran un poco más rojas quizá, solo que no se podían quitar de mis nalgas.

Por más que le tallaba no se quitaban, le rascaba con la fibra verde con la que mi mamá lavaba las ollas negritas en las que hacía tamales.

Luego, cuando de plano no se quitaron, se me comenzó a reventar el cuero.

Es cierto que dolía, pero es que no se quitaban, y preferí eso a ver a mi mamá gritando enojada.

Entonces se acercó, y miró como los cuajos de cuero me sangraban y esta vez en lugar de gritar, muy amorosa por el pulque que tomaba, me llevó al cuarto.

Ni se enojó ni nada, solo me echaba pedacitos de sábila en donde se me había abierto la piel. Y de repente, así nomás se echó a llorar y a decirme que me quería mucho, que la perdonara, que era su culpa que yo fuera un idiota.

En ese momento no sabía que significaba ser idiota, pero sentí que era algo muy feo por que hizo llorar a mi mamá. Así que juré dentro de mi pecho lampiño que nunca más seria un idiota.

Pero no sabía que esa iba a ser la última vez que la viera.

Por la noche unas calenturas horribles me agarraron en la espalda, me dieron hartos escalofríos, y solo alcanzaba a ver a mi mamá llorando allá en la puerta de la casa. Se levantó adormilada y me encueró y me frotó con un agua que daba calor cuando la frotaba y daba frio cuando se secaba. Luego me dio un tecito de pirúl, y se abrazó de mis cobijas.

Así amaneció, las calenturas se habían calmado un poco, desperté porque tenía mucha hambre, moví el brazo de mi mamá, pero ella no lo quitaba. Le dije que ya estaba mejor, que no llorara, pero estaba muy dormida. Y yo creo que el frío de la noche se había metido en su cuerpo porque estaba fría como si apenas se hubiera bañado en la pileta.

Salí de la cama y me fui a la pileta a lavarme, pero ese día no hubo manchas cafés, ni rojas.

La piel ya me había echado costras, aunque seguía doliendo, miré *pa ’dentro* entre la negrura de la puerta y pude ver los pies de mi mama colgando de la cama, aun no despertaba.

Me lavé despacito pa’ que no me doliera, me senté al sol a esperar que mi mamá despertara y me hiciera café para desayunar. Era ya la onceava campanada de la iglesia cuando Doña Juana, la tía de mi mama pasó por el frente del solar.

No me gustaba doña Juana; Siempre se peleaba con mi mamá por cosas que yo no entiendo, la regañaba hasta que mi pobrecita má se ponía a llorar acurrucada en la puerta de mi casa.

Y luego ella, Doña Juana, se iba agarrándome de los pelos según ella con cariño, y aunque yo me sintiera lleno de muina, no decía nada, nomás la veía con una mirada igualita a la del “Gus”, mi perro.

El “Gus” llegó solito cuando estaba harto de pulgas y costillas.

Ese perrito me enseñó a ver con los dientes pelones pa dar miedo, a él le aprendí ese truco por el que luego me conocieron en todo el pueblo.

Doña Juana me dio los buenos días, y se metió *pa ‘dentro*.

Apenas tenía un rato de haberse metido, cuando empezó la gritadera. Los gritos me asustan más desde ese día, me asustan porque ya no son los gritos de mi mamá.

Ese mismo día me llevaron pa’ la casa de doña Juana, ella vivía con un marido que se llama Simón, y que es el que más ha llorado desde cuando me trajeron pacá.

Don Simón es un señor grandote, un hombrón dice él, tiene unos bigotes negros que le salen desde la nariz, y desde las orejas, le crecen por los cachetes y se le juntan arriba de los dientes.

Doña Juana no le dice Simón, le dice marido. Que mi marido esto, que mi marido lotro, en fin, no se me ocurre porque las mujeres le cambian el nombre a uno.

Me gusta Don Simón; siempre me acaricia y me dice que me quiere mucho, luego me agarra el pelo, así como yo se lo agarro al gus, aplanándole la cabeza hasta la espalda. Un día, antes de dormir, don marido se acercó a mí, y me empezó a hacer cosquillas en la oreja, se sentía rico, pero su bigote luego me picaba, cuando hizo eso me empezó a agarrar como si yo fuera un perro al que quieren mucho.

Me acariciaba desde la frente hasta la espalda, y como yo no tengo cola don marido me agarraba lo que había en vez de eso, y se siente raro, pero eran los cariños de Don Simón. Y así era cada vez que no estaba doña Juana, todos los días, me llamaba y me ayudaba a bañarme.

Luego empezaba la sobadera, me gustaba la sobadera.

Un día de esos, antes del día feo, algo pasó, Don Simón empezó a tocarme las nalgas, así muy fuerte, me las apretaba como si estuviera buscando piedras entre los frijoles. Olía mucho a pulque, y a mí me gustaba porque me recordaba a mi mamá, me gustó esa sobada, aunque dolía bastante. Y luego él se empezó a poner muy colorado y me apretaba más fuerte, me respiraba en la oreja y eso me gustaba, sentía cosquillas calientitas.

A mí me pasó algo muy feo ese día, porque cuando Don marido me acariciaba, me empezó a crecer la parte esa por donde orinamos. Se puso dura, dura, y se quería salir de los calzones, yo ya no sentía tan rico, porque empecé a respirar como lo hacía Don Simón, y a sentir ganas de abrir la boca como si hubiera estado jugando con el “Gus” a corretear borregas.

Don Simón empezó a querer bajarme los calzones y ya no me gusto la cosa, porque un día vi cómo se los bajaron a mi mamá y después de eso empezó a gritar como loca un buen rato.

Y no, yo no quería gritar. Odios los gritos.

No sé en qué hubiera terminado el asunto porque en eso estábamos, el jala pa abajo y yo jalo pa arriba, cuando los gritos de doña Juana empezaron a espantar a Don marido de ella.

Apenas había gritado de groserías, cuando empezó a darme de zapes y cachetadas, y a su marido de ella lo agarró de los pelos y lo echó al piso pa pegarle unos golpes con la mano del metate, que es larga y dura y pesada, de piedra de rio.

Y le dio uno, y sonó re feo, y le dio otro y no se oyó nada, pero salió harta sangre, yo sentí mucha vergüenza, pero también coraje, porque don Simón era el único que me quería, mi mamá no había regresado por mí como me dijo doña Juana, y el “Gus” no podía entrar a esta casa, así que el único que me quería estaba ahora tirado en el piso con la cabeza como sandía partida. Pensé inmediatamente que yo era como el “Gus”, y que debería defender al que me acariciaba así que me aventé haciendo la mirada de dientes pelados, pero doña Juana me agarró en el aire, y me dio de cachetadas.

Me quité de ahí, y cuando ella se dio la vuelta para pegarle a Don marido, la aventé al piso, le quité la mano del metate y le pegué en la cabeza También unas varias veces, luego le mordí todo lo que pude.

Desde ese día no tengo casa, el “Gus” me estaba esperando afuera del solar de Doña Juana, y apenas me vio comenzó a saltar y a ladrar viniendo hacia mí. Me limpió con su lengüita toda la sangre que le había salido a doña Juana de las mordidas que le di. Después le corrí por la calle del pueblo hasta la vereda del arroyo, hacia el sur, hacia la casa de los camiones blancos.

Y luego cuando nos cansamos de correr, me acuclillé pa sobarme los cates que me había dado doña Juana en la cabeza, antes de que pudiera morderla en el pescuezo como le hace el “Gus” a las borregas.

Mire al Gus que se retorcía de gusto por estar conmigo, yo también sentía bonito por estar con él, tenía mucha hambre, pero ya mañana pensaríamos como hacerle, por mientras nos acurrucamos en un tronco caído y dormimos así, a cielo abierto. Mientras a lo lejos se oían gritos que gritaban mi nombre, pero el señor adentro de mi cabeza me decía que no les contestara.

Que él me iba a cuidar. A así empezó nuestra vida como perros hermanos.

Así empezaron mis días como Macario “dientesdeperro”.

Así llegué al cuarto que huele a jabón para pisos.

Me gusta como huele ese jabón.

**FIN**